

escribió *El principio de la utopía*—, y los años sesenta y setenta. Las energías utópicas en Europa y Estados Unidos en los años sesenta y setenta terminaron siendo canalizadas, y buena parte de los representantes del sueño de cambiar el mundo acabaron emprendiendo la marcha a través de las instituciones.

En América Latina se dio, como reacción, la epidemia de las dictaduras militares de los ochenta, al igual que en Europa los años treinta estarían marcados por el fascismo y el nazismo. En todo caso, y la cita de Schwitters parece indicarlo, en Europa las energías utópicas dejaron de existir a más tardar en 1939, con la derrota de los republicanos en la Guerra Civil Española y el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Lo que hubo en los sesenta y los setenta fue una resurrección parcial del espíritu de los años veinte—incluido su espíritu de bohemia artística—. Poner al presunto precursor del *collage* en Colombia a trabajar en esa época es sugerente, y tal vez el dato de que el *Libro de Manuel*—esa novela *collage* de Julio Cortázar— sea de esa época es también algo significativo.

Paro aquí las reflexiones que me ha sugerido la figura de Pedro Manrique Figueroa; podría continuarlas, pero el libro tiene otros aspectos que quiero mencionar así sea de manera lacónica. Hay textos de crítica cinematográfica, dos escritos en colaboración con Hernando Guerrero, otro con Andrés Caicedo y otros en solitario. Esos textos están demasiado pegados al momento en que fueron escritos y eso hace difícil su lectura actual.

Hacia el final, hay una recopilación de cartas dirigidas a Carlos Mayolo y Andrés Caicedo, que pueden tener un interés documental para lo que se ha llamado el grupo de Cali, o Caliwod, teniendo esta última denominación algo que oscila entre la autoironía y el delirio de grandeza. Ospina parece tener la tendencia a crear una especie de mitología en torno al grupo, a lo que le ayuda el hecho de que Andrés Caicedo, a quien dedicó un docu-

mental, se haya convertido en una leyenda para muchos.

RODRIGO ZULETA



## Carrocería verbal

### Modelo 50.

**Panorama de poetas colombianos nacidos en la década de 1950**

Fernando Herrera Gómez

(compilación y prólogo)

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2005, 228 págs.

Este libro me permite descubrir que Fernando Herrera Gómez, además de buen poeta, es prosista entretenido y (lo más importante) de fina reflexión. Su prólogo tiene seis páginas y en ellas el antólogo nos informa acerca de lo habido y por haber. No lo conozco personalmente, pero a juzgar por estas palabras introductorias se me vuelve una presencia sensata. Además, el autor no se incluye en el libro que se le fue armando como de casualidad; tampoco ha aceptado, como muchos otros, que la editorial lo meta por la puerta falsa pero sin que se entere. Nosotros sabemos muy bien que esas inclusiones están más amarradas que matrimonio de *Las mil y una noches*. La edición de *Modelo 50* es decorosa y con bella carátula (portada, perdón) alusiva (seguro que es un auto de La Habana, año 1956). Digo todo esto porque el libro *Sanguinas* (de Fernando Herrera Gómez) recibió el Premio Eduardo Cote Lamus y fue —no sé cómo poner esto en palabras— sanguinariamente editado en 2002.

Las coordenadas de época de estos autores, nacidos entre 1950 y 1959, no conviene repetirlas aquí (remito a las páginas pertinentes), pero quisiera señalar un detalle que le habría dado un horizonte más amplio a la muestra. Los datos bibliográficos ofrecen títulos de poesía, novela, cuento, ensayo, sin indicar el año ni la editorial (excepto en

libros premiados). A veces no resulta claro qué clase de premio ganó quién<sup>1</sup>. Un amigo que hizo una antología de poesía chicana me contestó ante una queja similar: “Los interesados en los títulos, buscarán en la Internet”. Mi religión me prohíbe nadar en esas aguas y soy un anticuado militante pero feliz: administro mi tiempo de lectura y leo en páginas impresas, no en pantallas. Por otro lado, el hecho de que cada autor(a) presente su trío preferido de poemas constituye un procedimiento imaginativo. De este modo nadie podrá acusar a F. H. G. (qué sagaz este poeta antólogo, con su jabón Poncio en las manos) de haber elegido los “peores poemas” de alguien. Pero nos podemos preguntar si los textos de Rubén Vélez (págs. 214-216) provienen de sus libros de poesía o de relatos. En todo caso me recuerdan el extraordinario *Idus de marzo*, de Cabrera Infante<sup>2</sup>. ¿Son poemas los de Rubén Vélez? No parecen, aunque en ellos la poesía —ese juego serio con las palabras— se note a la legua.



Algo distinto sucede con uno de los textos de Andrés Nanclores, específicamente el titulado *Alas*, cuya estrofa final dice así: “Lo que cuenta / es que su vuelo sea alto / para evitar / que su sien / se choque con las balas / o su vida se estrelle con la nada” (pág. 160). Si esto es poesía, *tamos fritos*. Supongo que F. H. G., fiel a sus premisas, aceptó, *chitón boca*, calladito no más, el envío de este autor. Pero se abre la discusión:



¿quién decide quién es poeta? Entre los años sesenta y fines de los ochenta, podía uno encontrar en numerosas revistas de Hispanoamérica y la Península los poemas de un escritor nacido en el Cono Sur. ¿Cómo hacía para publicar en setecientos sitios? Era la simpatía misma y donde no tocaba la puerta, solía asomarse. Un grandísimo lírico, poeta como pocos, Jorge Teillier (también del Cono Sur), había acuñado una frase muy suya, ingeniosa y de no escasa mala leche, sobre el personaje en cuestión: "En Chile todos son poetas, menos H. L. C.". A quienes les pique la curiosidad, busquen una ouija y pregúntenle a Jorge.

Volvamos a Colombia. El tercer texto de Santiago Mutis Durán se titula *Antonin Artaud escribe sobre el artista Vincent van Gogh* (págs. 153-157). ¿Es un poema? ¿Por qué llover sobre mojado y encarar un asunto sobre el que el propio Artaud escribió? A mí me habría interesado más leer lo que Mutis Durán opina sobre los dibujos de Artaud en su habitación en Ivry. O lo que el colombiano, con ojo y verbo para las artes plásticas, piensa sobre esos rostros que nos miran desde las fotos de la biografía de A. A. escrita por Jean-Louis Brau. Lo diré con una metáfora (aunque ya lo he dicho hace muchos años al comentar *Sonadores de pájaros*): habiendo tantos deportes, lo peor que le puede pasar a un hijo de Maradona es querer dedicarse al fútbol como delantero y pedir la camiseta número diez<sup>3</sup>. Se puede, se puede, porque en el arte lo inesperado es lo que esperamos; pero resulta difícil, bien difícil resulta.

Divaguemos, pues, que para eso sirve una reunión de poemas. Escoger tres. ¿Cuáles? ¿Los que representan el lenguaje ya propio del poeta? ¿Los que ilustran la paulatina articulación de ese lenguaje? José Libardo Porras me parece un ejemplo apropiado. Se nota que la obra de Jaime Jaramillo Escobar no ha sido leída en vano, pero he aquí uno de los misterios de la poesía. Libardo Porras dice lo suyo, algo que sólo le pertenece a él, por sobre la huella

del ex X-504. Su verso es narrativo como el de su modelo y cuenta cosas y se engolosina con el hilo propio. Pero las cuenta bien, a su manera (como dice la canción de Sammy Davis Jr.), con su *mañoserí*.

¿Autoescoger los tres mejores poemas? Creo que ninguno de estos 53 autores eligió textos que expresaran poéticamente las coordenadas de época que F. H. G. menciona. Favorecieron, acaso, la adquisición de un decir. La propuesta de tal elección es interesante porque supone dos instancias que pueden o no ser análogas. Digamos que uno sea capaz de saber cuáles son los tres mejores poemas que tiene en su haber. Esto no quiere decir que sea, a la vez, capaz de discernir si un material "en gestación" va a llegar a convertirse en un poema logrado. No siempre es así. Es probable que José Santos Chocano supiera de inmediato cuáles eran sus tres mejores poemas, y hasta coincidiría con esa mirada del tiempo que para mí ya tiene nombre: la Cucaracha Martina es quien, escoba en mano, decide qué texto se queda con nosotros<sup>4</sup>.

Ahora bien, ¿cómo discernir los mejores si hablamos de poetas que tienen una lengua inconfundible? En Carlos Germán Belli, por ejemplo, puede uno elegir a ojos cerrados y acertar en lo que a dicha lengua personalísima se refiere (Belli puede hacerlo a ojos abiertos también). Pero salvo que uno sea un fanático feroz de los poemas (enveados o aturdidores) del limeño, ¿cómo discernir en este caso los tres "mejores"? Todos parecen igualitos, todos suenan igual.

Estamos hablando de poetas que ya ostentan una lengua personal y, por lo tanto, una obra (escueta o extensa). Habría que preguntarse si Gonzalo Rojas era ya "Gonzalo Rojas" antes de publicar su libro desencadenante: *Oscuro* (1977). Allí fusiona, quita, achica, poda, los poemas de *La miseria del hombre* (1948) y *Contra la muerte* (1965). Rojas era un adolescente de sesenta años.

En estos 53 autores hay algunos que me llaman la atención a partir de ese trío especial. En muchos ca-

sos es la primera vez que los leo, en otros sucede que conozco la obra de los involucrados. Entre estos últimos diré (Libardo Porras fue ya mencionado) que Piedad Bonnett es una poeta de importancia, y su elección da una entrada en las obsesiones de su poética. Eduardo García Aguilar y Gustavo Adolfo Garcés también ofrecen una conciencia de las palabras, para decirlo con el charango de Elías Canetti. Entre los autores que no conocía, y que dan tres veces en el clavo, saltan los nombres de L. F. Afanador, Orlando Gallo, Rubén Darío Lotero, Armando Rodríguez B., Flobert Zapata.

En el caso de Jorge Bustamante García me interesaron dos cosas: su primer poema, *La casa* (págs. 42-43), y el hecho de que estudiara geología en lo que fue la Unión Soviética. Según Ludmila Shtern, amiga de Joseph Brodsky, ésta era la profesión que elegían todos los jóvenes que querían dedicarse a la escritura... De este modo la geología los eximía de la cultura oficial y burocrática y también los eximía de sufrir a los comisarios del pueblo<sup>5</sup>. Supongo, hablemos en broma, que el Bustamante de Zipaquirá (Cundinamarca), estudió la carrera de los geólogos para no ser timado por los esmeralderos. Las palabras carecen de brillo, bien se sabe. La función del poeta es descubrir en qué fiesta llamada poema estalla entre ellas esa felicidad que, redundemos, nos hará felices por unos minutos o una vida. La Cucaracha Martina sabe la respuesta. Y también Fernando Herrera Gómez, pero su modestia le impide excederse.

EDGAR O'HARA  
Universidad de Washington

1. En la Institución Literaria Colombiana hay más premios que champiñones. (En el Perú hay pocos premios, pero sobran las pirañas). Hagamos, caray (aliteremos, ¡ay!) un recuento de nombres y galardones.

Patricia Aguirre: Premio José María Vergara y Vergara Ciudad de Bogotá (1995).

Medardo Arias: Premio Poesía Antonio Llanos (1984), Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia



(1987), Premio Nacional de Poesía Luis Carlos López (1989).

Luis Fernando Baquero: segundo Premio Nacional de Poesía Aurelio Arturo (1989), segundo premio en el Concurso de Poesía Universidad Externado de Colombia (1990), primer premio en el Concurso Literario Cabarría (1990), sin olvidarnos de la mención especial en el Segundo Concurso Internacional de Poesía Ciudad de Medellín (1995).

Piedad Bonnett: mención de honor en el Concurso Hispanoamericano de Poesía Octavio Paz (1989), Premio Nacional de Poesía Colcultura (1995).

Jorge Bustamante García: premio Estatal de Poesía de Michoacán (1994).

Rómulo Bustos Aguirre: primer premio Concurso Nacional de Poesía organizado por la Asociación de Escritores de la Costa (no hay fecha), Premio Nacional de Poesía Colcultura (1993).

Luz Ángela Caldas: Premio de Poesía Museo Rayo (1992), primer premio Concurso Nacional Universitario Universidad Externado de Colombia (1995), mención de honor Concurso Nacional de Poesía Carlos Castro Saavedra (1994).



Gabriel Jaime Franco: segundo lugar II Concurso Nacional de Poesía Cooramed (1995), "destacado" en el Premio Nacional de Poesía Aurelio Arturo (1991).

Orlando Gallo Isaza: segundo lugar Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (1985), VII Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus (1990). Gustavo Adolfo Garcés: Premio Nacional de Poesía Colcultura (1992).

Víctor Gaviria: Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus (1978), segundo puesto Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (1979).

Samuel Jaramillo: segundo puesto Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (1982), Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (1988).

Víctor López Rache: Premio Nacional de Poesía Alcaldía Mayor de Bogotá

(2000), Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá (1992), Premio de Poesía Universidad Externado de Colombia (1990), primer premio en el II Concurso Latinoamericano Ciudad de Florencia, Caquetá (1987).

Rubén Darío Lotero Contreras: Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (1991), Premio Carlos Castro Saavedra (1990).

Orieta Lozano: Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus (1986).

Gonzalo Mallarino Flórez: mención de honor en el Concurso Hispanoamericano de Poesía Octavio Paz, Cali (1988), primer premio en el Concurso Literario Brantevilla, Bogotá (1993).

Álvaro Marín Arias: destacado en el concurso convocado por la Casa de Poesía Fernando Mejía Mejía (1991).

Andrés Nanclares: primer premio en el Concurso de Poesía de la Secretaría de Educación del Municipio de Medellín (1991).

Omar Ortiz Forero: Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (1995).

Amparo Osorio: segundo premio en el Certamen Internacional de Poesía Sánchez Brun (1983), primera mención de honor del Concurso Plural (1989).

William Ospina: Premio Nacional de Poesía Colcultura (1992).

Marta Renza: mención de honor en el Concurso Nacional de Poesía Alcaldía Mayor de Bogotá (2000).

Eugenia Sánchez Nieto: Premio Nacional de Poesía Hormiga Editores (1984), segundo lugar en el Concurso Nacional de Poesía Luis Carlos López (1989), mención de honor en el Concurso Nacional de Poesía convocado por el I.D.C.T. (1994).

Alberto José Vélez Otálvaro: Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (1982), Premio Plural de Poesía (1987).

Jaime Alberto Vélez: Premio de Poesía Universidad de Antioquia (1980 y 1981).

Rubén Vélez: Premio Nacional de Poesía Universidad de Antioquia (no hay fecha).

Flobert Zapata: Premio Casa de Poesía Fernando Mejía Mejía (1991), Universidad de Antioquia (1993), Centro Occidente de Colombia (1996), Ciudad de Chiquinquirá (1999). Premios, como se ve, hasta para regalar.

2. "Los *Idus de marzo* según Plutarco... y según Shakespeare y según Mankiewicz, y según el limpiabotas Chicho Charol", cf. *Exorcismos de esti(l)lo*, Madrid, Punto de Lectura, 2000, págs. 36-38.

3. Cf. Antonin Artaud, *Van Gogh, el suicidado por la sociedad*. Precedido de

*Antonin Artaud el enemigo de la sociedad* [por Aldo Pellegrini]. Traducción de A. P. (Buenos Aires, Editorial Argonauta, 1971). No sé si Santiago Mutis D. glosa y cita este texto del autor de *El pesanervios*; da lo mismo, porque es imposible desdeñar la prosa de Artaud y preferir los versículos de S. M. D.

4. Perdón, me equivoqué. Quizá Chocano habría entendido mal. ¿Fernando Herrera Gómez le pediría sus tres mejores poemas o sus trescientos mejores poemas? ¡Qué tal Chocano tan Chocano! Incorregible. Y aquí surge otro enigma poético: ¿cómo es que un poeta que tiene, como José Santos, un manojo de verdaderos poemas, sea dueño de tierras y tierras cultivadas en vano? Qué decir, entonces. La bibliografía de Neruda también presenta no sólo poemas malos sino libros malísimos: *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena* y *La espada encendida*. Y Ernesto Cardenal, el excelente poeta de los *Epigramas* y *Oración por Marilyn Monroe y otros poemas*, nos entrega después homilías y homilías de una vacuidad sólo comparable al ego de las jerarquías angélicas: *Cántico cósmico* es una encíclica que Darwin se la habría pasado de inmediato a una tortuga de las Galápagos para que la masticara de por vida.
5. No sé si el libro ha sido traducido al español. Se titula *Brodsky: A personal memoir* by Ludmila Shtern (Fort Worth, Texas, Baskerville Publishers, 2004).

## Escenarios para otro canto

### Palabras escuchadas en un café de barrio

Rafael del Castillo

Universidad Externado de Colombia, Colección Un libro por centavos, núm. 17, Bogotá, 2005, 69 págs.

Rafael del Castillo tiene una destacada trayectoria en la tradición colombiana: fundador del Festival Internacional de Poesía de Bogotá y de la revista *Ulrika*, animador de talleres de creación, antólogo de autores latinoamericanos. Sus libros de poesía han acompañado a esta actividad infatigable. Curioso es entonces que en la selección de poemas que nos compete, el autor haya elegido algunas modalidades de su